El poeta en la guerra

Julio Neira
UNED

Antes de comenzar mi exposición sobre un periodo tan decisivo para la vida y la obra de Miguel Hernández y para el conjunto de la sociedad española, deseo agradecer muy sinceramente a los organizadores de este encuentro, mis admirados colegas y maestros Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco, su invitación. Volver a Murcia para participar en esta serie de reuniones, cuyos volúmenes recopilatorios son un punto de referencia inexcusable para la investigación filológica española actual, es todo un honor que estimo y agradezco vivamente por lo que de generosa amistad sin duda tiene.

Pese a lo corto de su vida —sólo treinta y dos años— y a tratarse de un autor relativamente reciente, pocas figuras de nuestras letras han despertado tanta atención de los investigadores como Miguel Hernández.[1] Seguramente ese interés se debe a la impor-

---

[1] Juan Guerrero Zamora, *Miguel Hernández, poeta (1910-1942)*, Madrid, El Griffon, 1955; Concha Zardoya, *Moguel Hernández (1910-1942). Vida y obra. Bibliografía. Antología*, Nueva York, Columbia University, 1955; Elvio Romero, *Miguel Hernández: destino y poesía*, Buenos Aires, 1958; Juan Cano Ballesta, *La poesía de Miguel Hernández*, Madrid, Gredos, 1963; Claude Couffon, *Orihuela y Miguel Hernández*, Buenos Aires, Losada, 1967; Francisco Martínez Marín, *Yo, Miguel. Biografía y testimonios del poeta Miguel Hernández*, Orihuela, Fénix, 1972; Vicente Ramos, *Miguel Hernández*, Madrid, Gredos, 1973; José María Balcells, *Miguel Hernández, corazón desmesurado*, Barcelona, Dirosa, 1975; Jesús Poveda, *Vida, pasión y muerte de*

tancia de su obra literaria, también a las circunstancias en que se desarrolló su vida, a la transformación de joven campesino en poeta-soldado, y la consiguiente y rápida evolución de su lírica; pero a mi juicio se debe sobre todo a su trágica experiencia en los frentes de batalla y luego en las cárceles franquistas, donde sus amigos consiguieron evitar su ejecución sumarísima pero no la lenta condena de la enfermedad y por fin su muerte agónica. Parece fuera de toda duda que fueron los años de la guerra los que acabaron de definir su personalidad y la de su legado más relevante para las generaciones actuales y futuras. Por eso creo pertinente reflexionar, aunque sea con la brevedad que impone el formato de esta jornada, sobre esa intensa y determinante fase de su etopeya y el significado de su actuación en ella.

A lo largo de los últimos decenios las sucesivas aproximaciones a la figura de Miguel Hernández han ido dilucidando su trayectoria durante la guerra no sin algunas contradicciones, confusiones y polémicas, derivadas en gran medida de las azarosas circunstancias de aquel tiempo y de la carencia de una documentación precisa y ordenada. Finalmente, el trabajo de síntesis de José Luis Ferris[2] parece haber colocado todas las piezas en su lugar correcto. Sabemos, por ejemplo, que el inicio de la guerra le sorprendió en Madrid, y no en Orihuela, donde no iría hasta el 29 de julio. Esos primeros días de rebelión en Madrid fueron decisivos para el desarrollo de la guerra, pues la resistencia de la capital al golpe de estado con el aplastamiento de los sublevados del Cuartel de la Mon-

---

un poeta, Memoria-Testimonio, México, Oasis, 1975; Manuel Muñoz Hidalgo, *Cómo fue Miguel Hernández*, Barcelona, Planeta, 1977; Jacinto Luis Guereña, *Miguel Hernández: Biografía ilustrada*, Barcelona, Destino, 1978; Federico Bravo Morata, *Miguel Hernández*, Madrid, Fenicia, 1979; Josefina Manresa, *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, Madrid, La Torre, 1980; María de Gracia Ifach, *Vida de Miguel Hernández*, Barcelona, Plaza y Janés, 1982; Darío Puccini, *Miguel Hernández, vida y poesía y otros estudios hernandianos*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 1987; Juan Guerrero Zamora, *Proceso a Miguel Hernández. El sumario 21.001*, Madrid, Dossat, 1990; Agustín Sánchez Vidal, *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*, Barcelona, Planeta, 1992; Pedro Collado, *Miguel Hernández y su tiempo*, Madrid, Vosa, 1993.

[2] José Luis Ferris, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Temas de hoy, 2002. Las aportaciones de Ferris han sido compendiadas en Manuel Ramón Vera Abadía, *Miguel Hernández en el laberinto de la guerra civil*, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2005.

taña, determinó la inviabilidad del éxito relámpago que esperaban los militares fascistas. Pero Miguel no participa en ese hecho de armas, pendiente como estaba de viajar al lado de su novia, con la que la relación parecía ya firme tras anteriores vicisitudes.

El asesinato en Elda del padre de Josefina Manresa, guardia civil, que dejaba desamparada a la familia, retrasa el regreso de las vacaciones. El poeta no vuelve a Madrid hasta el 18 de septiembre. Entonces toma la decisión que marcará su actuación en la guerra: acude el día 23 con su cuñado a alistarse como voluntario en el 5° Regimiento, la organización a través de la que el Partido Comunista canalizó la participación de sus afiliados —y Miguel lo era con número de carnet 120.295—. José Luis Ferris destaca[3] que en lugar de acudir en su condición de escritor a la Alianza de Intelectuales Antifascistas, como tantos otros que optaron por una actividad bélica de propaganda acorde con sus cualidades intelectuales y literarias, el oriolano eligió libremente desde un principio actuar como un joven mecanógrafo de veintiséis años más que acude, sin buscar privilegio alguno, en defensa de la República. Sobre este aspecto, que en mi opinión fue singularmente importante porque distinguirá respecto a otros no sólo su peripecia personal durante y al final de la guerra, sino también su poesía, volveremos pronto. Repasemos ahora de modo somero su «hoja de servicios» bélicos.

Apenas dos días más tarde, el 25 de septiembre, es incorporado a la Brigada de Fortificaciones como zapador, seguramente por su origen campesino, y enviado al pueblo madrileño de Cubas para cavar trincheras defensivas ante el avance de las tropas fascistas que en esa dirección habían ocupado ya Talavera de la Reina. En ese frente, con la pala en las manos y el arma al lado, dentro de las zanjas, conocerá el rostro más despiadado de la guerra: el bombardeo y la muerte del amigo; el peligro de las balas enemigas, una de las cuales atravesó superficialmente la hombrera de su chaqueta de pana, sin llegar a herirle, cerca de Ciempozuelos, según refiere su compañero el joven poeta sevillano Antonio Aparicio;[4] conocerá la enfermedad, que le obligará a ser eva-

---

[3] Ibíd., pág. 337.

[4] Antonio Aparicio, «El rayo que no cesa», *Revista de Guatemala*, núm. 6, 1953, pág. 120.

cuado a Madrid para reponerse; también la miseria y el hambre. Una experiencia que no olvidaría y que aflora de continuo a sus versos. Algunos afirman que por indicación de Vicente Aleixandre y gestiones de Emilio Prados, sus mandos comprendieron que estaban desperdiciando las cualidades de Miguel, que éste sería más útil con la pluma en la mano que con el pico y la pala. Aunque el periodista cubano y voluntario internacionalista Pablo de la Torriente Brau, comisario político del 5º Regimiento, afirma que fue él quien descubrió su talento y le reclamó para el cargo de comisario político del departamento de cultura de la 10ª Brigada de la 11ª División, al mando de Enrique Lister, del 5º Regimiento, comandado por Valentín González, *El Campesino*, ambos de extracción civil pero con gran talento militar y extraordinariamente populares entre sus hombres y en el conjunto de la población republicana: «El día 25 [de noviembre] creo que lo pasé todo en Alcalá. Descubrí un poeta en el batallón, Miguel Hernández, un muchacho considerado como uno de los mejores poetas españoles, que estaba en el cuerpo de zapadores. Lo nombre jefe del departamento de Cultura».[5]

A partir de entonces, con la ayuda de Aparicio, Miguel ordena la biblioteca, prepara periódicos murales, elabora el periódico de la brigada, *Al Ataque*, y organiza actos que sirvan de distracción y estímulo para los combatientes, como el que menciona Pablo de la Torriente en su carta del 28 de noviembre:

> Una función que improvisamos en la nave de la iglesia, con la colaboración de María Teresa, Rafael Alberti, Antonio Aparicio, Emilio Prados y Miguel Hernández, y en la que participaron también varios milicianos y milicianas. Fue una fiesta alegre, para levantar el ánimo a los hombres que en esta ciudad, un poco gris siempre en este tiempo de otoño, es un poco cansada y tristona. Y se les enseñó a los milicianos la canción del Quinto Regimiento, que es muy bonita.[6]

---

[5] Pablo de la Torriente Brau, *Cartas y crónicas de España*, selección, prólogo y notas de Víctor Casaus, La Habana, Ediciones La Memoria, 1999, pág. 145.

[6] Ibíd., pág. 147.

Miguel Hernández acude cotidianamente al frente de batalla, en localidades cercanas a Madrid, como Majadahonda —donde morirá Pablo de la Torriente el 19 de diciembre siguiente—, Pozuelo, Alcalá de Henares, etc., aunque vuelve todas las noches, bastante tarde, a dormir en la sencilla habitación que le dejan en la sede de la Alianza de Intelectuales, el palacio de los marqueses de Heredia-Spínola. Allí recibe las cartas de su novia, que mantienen su esperanza en una futura vida familiar en paz. Y sale muy temprano cada mañana para incorporarse a su puesto. Así lo testimoniaría su amigo Jesús Poveda, que junto a su paisano Carlos Fenoll, fue a visitarlo un día: «Iba muy abrigado, con chamarra de gruesa tela forrada con piel de becerro. Llevaba al cinto un arma automática que ignoro si la llegaría a usar en algún momento. Nos habló de su vida en el frente y que se quería acostar temprano para levantarse de madrugada».[7]

Los meses de noviembre de 1936 a febrero de 1937 fueron durísimos en el frente de la Sierra de Madrid. A las inclemencias del tiempo se suma la dura ofensiva del ejército rebelde, mejor equipado y organizado. Sólo la voluntad y la convicción permiten soportar las penalidades diarias de la trinchera. Luis Cernuda, por ejemplo, por razones que desconocemos, apenas estuvo dos semanas en el Batallón Alpino. El desánimo se generaliza y Miguel en sus textos en prosa de combate exalta el heroísmo de los resistentes y denuncia con dureza el escapismo de quienes buscan la comodidad de la retaguardia, con frases que muchos interpretan dirigidas a sus amigos de la Alianza, que juegan a disfrazarse con las vestimentas de los Heredia-Spínola—según relato de Rafael Alberti en *La arboleda perdida*—, y a organizar bailes mientras los madrileños sencillos ofrecen su vida en defensa de la libertad de la ciudad. Parece inevitable que al oriolano, comisario político de un ejército de voluntarios tan jóvenes y desprendidos como él, le repugnase la capacidad acomodaticia de quienes en su opinión buscaban privilegios y se separaban del pueblo. Él también dormía en la Alianza. Pero era bien distinto tener la sede de operaciones en el palacio de la calle del Marqués del Duero número 7 y salir esporádicamente a levantar la moral de los soldados y hacer intervenciones en la radio o ante la prensa extranjera, que tener el cuartel general en el

---

[7] Apud José Luis Ferris, *op. cit.*, pág. 349.

frente de batalla, vivir la vida de trincheras en primera persona y bajar a Madrid a dormir y a ver si su novia le había escrito. La perspectiva era por completo opuesta. Hernández era un poeta del pueblo que compartía con el pueblo la defensa de sus conquistas republicanas frente a un ejército que quería a toda costa abolirlas, como afirma en el famoso final del que parece su primer poema de guerra, «Sentado sobre los muertos»:

> Aquí estoy para vivir
> mientras el alma me suene,
> y aquí estoy para morir,
> cuando la hora me llegue,
> en los veneros del pueblo
> desde ahora desde siempre.
> Varios tragos es la vida
> y un solo trago es la muerte.[8]

Ese papel y su diferencia con el que desarrollaban los intelectuales de la Alianza fueron muy bien percibidos desde el principio. Ferris recoge testimonios directos de compañeros suyos que destacan cómo se sentía la cercanía de Miguel y se recibía el mensaje de invocación a la resistencia que transmitía, y cómo era la credibilidad de quien compartía las penalidades del día a día la que hacía eficaz la arenga. Mientras que también se percibía la distancia de quienes visitaban a las tropas desde la suficiencia de su posición intelectual. Destacaré algunos testimonios que me parecen especialmente significativos por su dispar procedencia. El de Bonifacio Méndez, compañero de armas de Miguel en la sierra de Madrid:

> Miguel es mucho más que un poeta [...] Lo fundamental de los escritos de Miguel era que levantaban la moral de los combatientes [...] Levantaba la moral, ayudaba a mantener la disciplina. Miguel era un luchador [...] Sabía por qué luchaba y lo hacía con

---

[8] Miguel Hernández, *Obra completa. I Poesía*, edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pág. 557.

> toda su alma [...] Ninguno de los poetas de la época tenía nada que ver con Miguel Hernández. Casi todos procedían de la clase burguesa, tenían medios, estaban adulados.[9]
>
> Antonio Aparicio, que pasó con él casi toda la guerra, afirmará años después:
>
> Nunca pensó él que su condición de poeta le liberaba de las obligaciones y deberes de los demás, y es más que probable que en su fuero interno considerara esas obligaciones y deberes más como derecho que como carga, derecho a participar como todos en las abundantes penalidades y en las muy escasas satisfacciones de la lucha.[10]

Al conocer su muerte, Octavio Paz definió su identidad con mucha precisión: «se veía que era más prójimo de los potros serios y de los novillos melancólicos que de atormentados intelectuales, compañeros suyos; llevaba la cabeza casi rapada y usaba pantalones de pana y alpargatas: parecía un soldado o un campesino (había sido lo segundo y era lo primero)».[11] Y Juan Ramón Jiménez, siempre tan cáustico, en una conferencia pronunciada en Puerto Rico el 15 de marzo de 1954 con ocasión de la Fiesta de la Lengua Española, explicó:

> La guerra internacional peleada en España entre 1936 y 1939 acreció la espresión del romance y pudo haber sido una gran ocasión de revivir el *Romancero*, pero los poetas no tenían convencimiento de lo que decían. Eran señoritos, imitadores de guerrilleros, y paseaban sus rifles y sus pistolas de juguete por Madrid, vestidos con monos azules muy planchados. El único poeta joven entonces, que peleó y escribió en el campo y en la cárcel fue Miguel Hernández, pero su resabio escolástico juvenil de los frailes de

---

9 Ibíd., pág. 353.

10 Antonio Aparicio, art. cit., pág. 121.

11 Octavio Paz, «Recoged esa voz...», *Letras de México*, III, 15 de noviembre de 1942, pág. 3.

> Orihuela lo impregnaron de un didactismo que duró toda su vida.[12]

Ciertamente podríamos preguntarnos cómo pudo Juan Ramón ver la vestimenta de los poetas republicanos en el Madrid de la guerra, si él salió muy pronto al exilio en Norteamérica. Pero quedémonos con su excepción para Miguel Hernández. Por último, un testigo directo de lo que ocurrió, pues pasó los tres años en la capital muy al tanto de los acontecimientos, fue Carlos Morla Lynch, encargado de negocios de la Embajada de Chile en Madrid, simpatizante de la República, que tuvo mucho protagonismo por su política de asilo a quienes se sentían en grave riesgo. Su diario de ese periodo, inédito hasta el pasado año, ofrece percepciones muy significativas de ciertas actitudes de los poetas de la Alianza que corroborarían la reacción de Miguel Hernández. Hacia el 23 de septiembre de 1936, mientras Miguel Hernández se alista en el 5º Regimiento, Morla anota:

> En casa, Bebé cuenta su visita con Neruda y Delia a la «Alianza Intelectual», establecida en la casa incautada de los marqueses de Heredia-Spínola. Allí están los Alberti, en departamentos espléndidos. María Teresa tronando. Cotapos —que en el fondo es un humorista— le ha mostrado a Bebé, sin falso pudor, su habitación. Es la habitación de la marquesa. Duerme en una cama llena de cortinajes y pieles de armiño. Este es el comunismo. Los moradores tenían, sin embargo, caras largas ante el temor de que todo aquello durara poco.[13]

La clave de la diferencia tal vez esté en cómo se concebían a sí mismos y su condición de poetas. Hernández lo deja claro en la bellísima dedicatoria de *Viento del pueblo* a Vicente Aleixandre:

---

[12] La conferencia fue publicada en la revista *La Torre*, núm. 26, abril-junio de 1959. Cito por su edición en Juan Ramón Jiménez, *Prosas críticas*, selección y prólogo de Pilar Gómez Bedate, Madrid, Taurus, 1981, pág. 284.

[13] Carlos Morla Lynch, *España sufre. Diarios de guerra en el Madrid republicano*. Prólogo de Andrés Trapiello, Sevilla, Renacimiento, 2008.

> Hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres [...] cada poeta que muere deja en manos de otro, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a nuestro corazón esparcido. Ante la sombra de dos poetas nos levantamos otros dos, y ante la nuestra se levantarán otros dos de mañana [...] Nuestro destino es parar en las manos del pueblo [...] Los poetas somos vientos del pueblo: nacemos para ser soplados a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas [...] El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo.[14]

Concepción de la función del poeta que comparte con la romántica de Cernuda la convicción de que hay una utilidad trascedente en la escritura poética, más allá del sujeto mismo. En el caso de Cernuda la del *vate* que trasmite en sus versos un saber mistérico que se sirve de él, inconsciente máscara. En el de Hernández el mandato del pueblo que desea ver en el poeta la singularización de su espíritu colectivo. En ambos casos, desde luego, sobre todo en el de Miguel, la distancia con el individualismo elitista de la concepción burguesa de la autoría poética es evidente. Y en su dedicatoria es igualmente palmaria la conciencia de clase. No es que Hernández se identifique con el pueblo: es del pueblo, él es pueblo mismo. Pertenece a los que siempre han sufrido la opresión de los poderosos, a aquellos para los que el hambre y la miseria eran entonces realidad cotidiana, como para la familia de Josefina. En palabras de Agustín Sánchez Vidal: «El compartir día a día la suerte de los desheredados fue lo que determinó, más que cualquier ideología, su toma de postura política, no por instintiva menos clara y consciente».[15] La lucha del pueblo en defensa de la esperanza que suponía la República para la dignificación de los oprimidos era la lucha del propio Miguel. Él no pertenecía al círculo de poetas con el que

---

[14] Miguel Hernández, *Obra completa. I Poesía*, cit., pág. 550.

[15] Agustín Sánchez Vidal, «Introducción», Miguel Hernández, *Obra completa. I Poesía*, cit., pág. 71.

compartió tertulias y proyectos en el Madrid republicano. De una u otra manera todos eran hijos de la burguesía intelectual o terrateniente. No otra cosa explica las reticencias de García Lorca hacia su figura y a su compañía.[16] Ambos procedían de un ambiente campesino, pero de estratos muy diferentes. Y esas diferencias no podían dejar de aflorar en una situación límite como fue la guerra de 1936. Como luego veremos, esa diferencia sería al cabo determinante del destino de unos y otros a su término.

En esos días, tal como la concibe, como un arma defensiva, la suya es una poesía de urgencia, sobre el terreno, que no admite dilaciones ni mucha corrección. Antonio Aparicio nos ha dejado un testimonio excelente del poeta soldado en acción:

> Un día, la aviación alemana arrojó sus bombas sobre Alcalá de Henares con mayor furia que de ordinario, atacando la ciudad indefensa a plena luz de la mañana clara de diciembre. Corrió la sangre de muchos y Miguel tuvo una vez más ante los ojos el cuadro de aquellas hileras de cuerpos destrozados y sangrantes, que fueron, en nuestras ciudades republicanas, espectáculo casi diario. Era el día soleado y después del bombardeo nos alejamos los dos hacia la orilla del río. Miguel, como siempre, llevaba consigo una carpetilla de escolar con papel de escribir y también aquel lápiz, perpetuamente chico como un dedal, que solía servirle para su labor de escritor. La pluma fuente, no hay que decir que nunca entró a formar parte de sus accesorios de trabajo; el lápiz, era, al fin y al cabo, casi un producto de la tierra, madera y mineral, y por lo tanto, grato a su mano de pastor. Ya por la orilla del río, echóse Miguel al suelo y escribió unas redondillas —metro que siempre le cautivó— sobre el bombardeo de una hora antes, de las que sólo recuerdo que tenían una rima en —*uto*, con *luto* y *minuto*—. Aquella misma noche las recitó en un acto que se celebraba en el teatro de Alcalá y, como

[16] José Luis Ferris, *op. cit.*, págs. 325-327.

> siempre que decía sus versos ante los milicianos o soldados de la República, la voz del poeta fue apagada por los ruidosos aplausos de aquellos hombres que veían ante sí, tal vez por vez primera desde los tiempos del sevillano Lope de Rueda, a un poeta de trabajadas manos que no sólo hablaba para ellos sino que vivía, luchaba y escribía unido a ellos por unas mismas raíces.[17]

A finales de febrero de 1937 Miguel Hernández es trasladado al frente de Andalucía junto Vittorio Vidali —*Comandante Carlos*—, delegado de la III Internacional en el bando republicano y, como tal, enviado directo de Stalin para velar por la estrategia de la URSS en la guerra de España, con quien ya trabajaba desde el inicio de la guerra. La cercanía directa a Vidali demuestra la importancia que se confiere a la labor de propaganda que Miguel viene desarrollando. Sus poemas y sus artículos periodísticos en el periódico *Frente Sur* se conciben como auténticas armas de combate en la lucha ideológica que tiene en la propaganda uno de sus ámbitos más eficaces. Para reafirmación de las propias convicciones o para inducir a la deserción en el bando enemigo, los poemas de Hernández se vocean en las trincheras o se reparten en octavillas. *Carlos* explicaría algunas de las actividades de Miguel: «Lo llevé a Jaén, donde formamos el Frente Sur, que era también un organismo de intelectuales encargados de la propaganda en campo enemigo. Y después vino conmigo a Castro del Río a organizar [a] los guerrilleros que trabajaban en el campo enemigo».[18] Se trata esta de una época de mayor tranquilidad, pues el frente andaluz no sufría la virulencia del madrileño, aunque participa en hechos de guerra como la toma del Santuario de Santa María de la Cabeza en Andújar, y en combates en Castuera, ya en Extremadura. Al fin consigue celebrar la anhelada boda con Josefina, el 9 de marzo en el Juzgado de Orihuela, a la que sigue una feliz luna de miel en Jaén, fructífera también en lo literario, pues escribe algunos de los poemas más significativos de *Viento del pueblo*, como «Aceituneros», «Jornaleros» o «Campesino de España», y las úni-

---

[17] Antonio Aparicio, art. cit., págs. 122-123.
[18] Agustín Sánchez Vidal, *op. cit.*, pág. 222.

cas cuatro piezas de teatro que se representarían en vida del autor: «La cola», «El hombrecito», «El refugiado» y «Los sentados». Pero la felicidad dura poco, pues el 22 de abril muere la madre de Josefina y ella habría de quedarse en Cox al cuidado de la familia. Si bien el dolor de la separación queda mitigado por la mejor noticia que cabría desear el poeta: el anuncio de que espera un hijo.

Su poema «Canción del esposo soldado» es seguramente el más entusiasta de *Viento del pueblo* y de toda su producción durante la guerra. El inicio proclama la satisfacción de haber cumplido la ancestral encomienda de traspasar a una nueva generación la herencia de los antepasados, que Miguel se tomaba muy en serio, como hombre bien pegado a la tierra y sus ritos:

> He poblado tu vientre de amor y sementera,
> he prolongado el eco de sangre a que respondo
> y espero sobre el surco como el arado espera:
> he llegado hasta el fondo.[19]

El hijo por nacer se convierte en la razón no sólo personal, individual, sino en símbolo de la razón colectiva de la lucha: la necesidad de ganar el futuro en libertad:

> Para el hijo será la paz que estoy forjando (v. 41)

Pero ni la alegría inmensa de la esperanza del hijo le permite olvidar la cruel realidad del presente, ni su verso pierde la resonancia propagandística:

> Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,
> envuelto en un clamor de victoria y guitarras,
> y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
> sin colmillos ni garras. (vs. 29-32).

Ni se olvida la cruel ley de la guerra en el terrible verso que sigue:

> Es preciso matar para seguir viviendo (v. 33).

---

[19] Sigo el texto de la edición citada de *Obra completa*. I, *Poesía* , pág. 601.

Posiblemente sea *Viento del pueblo* el poemario más conocido de Miguel Hernández. Escritos para hacerse populares, sus textos se leyeron, recitaron o cantaron durante la guerra, y algunos se convirtieron luego en verdaderos himnos de la resistencia antifranquista. El libro, que se publica en Valencia en septiembre de 1937 reúne el resultado de su esfuerzo de un año por dar cuenta poética del significado más profundo de la experiencia bélica, reforzada por fotografías realizadas al parecer por Tina Modotti —*camarada María Ruiz*—, compañera de Vittorio Vidali, de clara iconografía soviética, semejantes a las que ilustraron la primera edición de *España en el corazón* de Pablo Neruda. En *Viento del pueblo* hallamos poemas elegíacos en honor a víctimas muy próximas a Hernández, como la «Elegía primera», dedicada a Federico García Lorca, «Elegía segunda», a Pablo de la Torriente, y la anónima «Al soldado internacional caído en España». Otros exaltan el valor personal demostrado en el campo de batalla («Rosario, dinamitera») o en la acción política («Pasionaria»), y de la misma época, aunque no se incluyeron en el libro, «El Campesino» y «Digno de ser comandante». Los más abundantes son poemas invocatorios en los que se llama a la resistencia, procurando despertar el sentimiento más noble de rechazo de la injusticia o apelando a la valentía del pueblo («Sentado sobre los muertos», «Vientos del pueblo me llevan», «Nuestra juventud no muere», «Llamo a la juventud», «Recoged esta voz», «Jornaleros», «Aceitunero», «Visión de Sevilla»), y si este tipo de textos abunda tanto es por su necesidad, dado el progresivo pesimismo y cierta apatía que fueron creciendo conforme se apreciaba que el bando rebelde avanzaba en sus posiciones, merced a un armamento más eficaz y a una organización de los que adolecía la República. Pretenden también contagiar optimismo poemas como «Juramento de la alegría», «Primero de Mayo de 1937», y reforzar convicciones ideológicas «El incendio», sobre el avance del comunismo. No faltan textos imprecatorios al enemigo («Los cobardes», «Ceniciento Musssolini»); ni poemas que denuncian la injusticia de la opresión a los más débiles, como «El niño yuntero» o «Campesino de España», que pretende la deserción en las filas enemigas de las gentes del pueblo. En general el tono es exhortatorio, y bastante optimista en la victoria final, aunque no deje de describir la matanza en que se ha convertido la vida cotidiana en España. Un examen minucioso revelaría que los términos más abundantes del

léxico son los relacionados con *huesos, sangre* y *muerte*. Era lo que cotidianamente veía el poeta, a quien parecía guiar una pulsión obsesiva por estar en primera línea, que le llevó a los cuatro frentes de la guerra: Madrid, Andalucía, Extremadura y finalmente Aragón, al que se incorporó en diciembre de 1937.

Antes, a mediados de ese año se producen dos acontecimientos de gran relevancia en la vida de Miguel Hernández: en julio el II Congreso Internacional de Intelectuales en Defensa de la Cultura, celebrado en Valencia, en cuya ponencia colectiva participa. Allí se reencuentra con su gran amigo Pablo Neruda, conoce a algunos de los escritores más relevantes del momento, como Julien Brenda, André Malraux, Ilya Ehrenburg, Nicolás Guillén, César Vallejo, Vicente Huidobro, Alejo Carpentier, Stephen Spender, Juan Marinello, Langston Hughes, etc., y a algunos muy jóvenes entonces que alcanzarían luego importancia extraordinaria, como Octavio Paz, que vino acompañado de su reciente esposa Elena Garro. Esta nos dejaría años después un testimonio sintomático de la enemistad que se fraguaba entre el joven oriolano y algunos de sus compañeros:

> Recordé, como lo hago ahora, sus furias contra algún personaje y sus gritos: «No me hables de ese cabrón» [...] Recordé a los envidiosos que decían: «¿Miguel? Anda disfrazado de pastor y se creyó el cuento de que fue pastorcillo...». Frases que a mí me dejaban atontada, pues todavía ignoraba la envidia de los mediocres a los que sacaba de quicio que un chico tan joven fuera tan gran latinista, tan gran poeta y tan guapo.[20]

El segundo acontecimiento a que me refiero es el viaje a la URSS como invitado al V Festival de Teatro Soviético, oportunidad excelente para un miembro del Partido Comunista de observar los grandes avances conseguidos en la lucha del proletariado. El viaje en sí mismo tenía el gran atractivo de viajar en aeroplano entre París y Estocolmo, sistema de transporte muy inusual en la época.

---

[20] Ramón Pérez Álvarez, «Elena Garro-Miguel Hernández. Una emotiva amistad», *La Lucerna*, núm. 35, Orihuela, abril-mayo 1995, pág. 29.

De la experiencia nacería el poema «El vuelo de los hombres» donde a un inicio de optimismo mecanicista propio de los años veinte («Sobre la piel del cielo, sobre sus precipicios, / se remontan los hombres. ¿Quién ha impulsado el vuelo? / Sonoros, derramados en aéreos ejercicios, / raptan la piel del cielo»),[21] sucede la exaltación del valor de la aviación en la guerra («En vuestra mano está la libertad del ala, / la libertad del mundo, soldados voladores; / y arrancaréis del cielo la codiciosa y mala / hierba de otros motores.»).[22] Durante todo el mes de septiembre viajó por distintas ciudades, Moscú, Leningrado, Kiev; le mostraron escuelas y fábricas, asistió a las sesiones del congreso, no dejó de tener reuniones con cuadros del partido, entrevistas, conferencias, en una actividad frenética de la que se queja en cartas a su esposa. Vuelve a España el 10 de octubre, tras pasar unos días en París, donde vuelve a ver a Octavio Paz, León Felipe, etc. Vuelve con poemas como «Rusia» donde no se escatiman elogios al Estado soviético y su máximo dirigente, José Stalin, único valedor a esas alturas de la República Española, en cuya ayuda confía como sola esperanza de futuro:

> Ah, compañero Stalin: de un pueblo de mendigos
> has hecho un pueblo de hombres que sacuden la frente,
> y la cárcel ahuyentan, y prodigan los trigos,
> como a un esfuerzo inmenso le cabe: inmensamente.
> [...]
> Aquí está Rusia entera vestida de soldado,
> protegiendo a los niños que anhela la trilita
> de Italia y Alemania...
> [...]
> Rusia y España, unidas como fuerzas hermanas,
> fuerza será que cierre las fauces de loa guerra.
> Y sólo se verá tractores y manzanas,
> panes y juventud sobre la tierra.[23]

«La fábrica-ciudad» es la exaltación poética de Jarko, una ciudad dedicada enteramente a la fabricación de tractores para el

---

21 Poema incluido en *El hombre acecha, Obra completa. I, Poesía*, cit., pág. 661.
22 Ibíd., pág. 662.
23 Ibíd., págs. 651-653.

impulso de la agricultura soviética. Se trata de poemas en extremo laudatorios, que desmienten cualquier tipo de reticencia ante la ortodoxia estalinista que dominaba el Partido Comunista. Miguel Hernández era un militante sin dudas ideológicas ni discrepancias estratégicas con los mandos del Partido. Era, no se olvide, comisario político en el 5º Regimiento, la fuerza militar de los comunistas. No parece tener ese origen la actitud reservada, la tristeza ensimismada que le aprecian casi todos a su regreso. La clave está en mi opinión en otro poema iniciado en Moscú e incorporado también a *El hombre acecha*: «Los hombres viejos», durísima diatriba contra los representantes europeos de un viejo orden de gobierno internacional: altos funcionarios ministeriales, políticos, diplomáticos, que velan por sus propios intereses y abandonan a todo el pueblo español a su suerte. Más que sátira, poema burlesco e insultante contra quienes representan lo podrido de un sistema de democracias que priorizan la componenda a la justicia. Miguel Hernández debió de volver muy desanimado al ver que las democracias europeas habían abandonado a su suerte a quienes defendían sus valores frente al fascismo en España. Y al comprobar que la vida continúa en toda Europa como si en España no se estuviera jugando su futuro. Unida la decepción al cansancio físico que le produce una vida de continuo viaje, malas comidas, enfermedad, etc., es entonces cuando parece comenzar la convicción de la derrota en el espíritu del poeta. Así se trasluce en las composiciones que debían formar *El hombre acecha*, libro que no acabaría de encuadernarse porque el final de la guerra lo impidió. En textos como «Llamo al toro de España» y «Pueblo» reencontramos ese tono exhortativo de apelación a la valentía y dignidad de las gentes sencillas en defensa de su libertad. Pero, en general, el optimismo de *Viento del pueblo* deja paso ahora a un intimismo apesadumbrado que trasluce el final de la esperanza desde el mismo título del libro. «El soldado y la nieve», «El hambre», «El herido», «Las cárceles», «El tren de los heridos», etc., van tiñendo sus versos de tonos tenebrosos. Describen la crueldad de la guerra, las condiciones terribles en que se combate, lo inhumano del sacrificio a que son sometidas sus víctimas.

Sólo el nacimiento del hijo tan deseado, el 19 de diciembre de 1937, es una cima de luz en ese tiempo oscuro en que se va convirtiendo una guerra que parece no tener fin. Deja unos días el frente para correr junto a Josefina en Cox. Pero al cabo tampoco

será sino preludio de tragedia, pues el niño muere a los pocos meses, víctima de la mala alimentación, de la ausencia de salubridad, de la penuria que entonces elevaba los índices de mortalidad infantil a cotas muy altas. 1938 será un año de tristeza. Se le adscribe a la Escuela de Oficiales de la VI División, a los que dedica un poema invocatorio («Oficiales de la VI División»). Enfermo, tendrá que reposar en un hospital de campaña en Benicassim, donde le conoce Antonio Buero Vallejo. Y su balance de dos años de guerra («18 de julio 1936 – 18 de julio 1938») es rabiosamente sangriento: «Es sangre, no granizo lo que azota mis sienes. / Son dos años de sangre: son dos inundaciones».[24] La muerte de su primer hijo, el 19 de octubre de 1938, pese a que el 4 de enero de 1939 nace el segundo, que le sobrevivirá, determinará en gran medida el resto de su obra poética, así como la conciencia de la inevitable derrota, tras la pérdida en noviembre de la batalla del Ebro. Los textos de su obra póstuma *Cancionero y romancero de ausencias* evidencian la inmensa pérdida existencial que le abruma en los últimos meses de 1938 y los primeros de 1939.[25] Pese a todo, Miguel Hernández seguirá, fiel a sus principios y a su propia poesía, en primera línea, más allá de lo que era razonable hasta los últimos días de la guerra. Coherencia íntima que determinaría su destino de cárcel y muerte, y que ya se anuncia en su poema «Madre España»:

> Abrazado a tu cuerpo como el tronco a su tierra,
> con todas las raíces y todos los corajes,
> ¿quién me separará de ti,
> madre?
> [...]
> España, piedra estoica que se abrió en dos pedazos
> de dolor y de piedra profunda para darme:
> no me separarán de tus altas entrañas,
> madre.[26]

---

[24] Ibíd., pág. 677.

[25] Vid., Francisco Javier Pérez Bazo, «Síntesis ética y estética de Miguel Hernández: *Cancionero y romancero de ausencias*», *Miguel Hernández, cincuenta años después*, Actas del I Congreso Internacional Alicante, Elche, Orihuela, marzo de 1992, Alicante, Comisión del Homenaje a Miguel Hernández, 1993, págs., 623-633.

[26] Ibíd., págs. 679-680.

El hombre acecha contiene también un poema que me parece muy significativo de las sustanciales diferencias, no sólo personales, también poéticas, entre Miguel Hernández y el resto de los poetas republicanos, aunque ha sido hasta ahora poco atendido. Me refiero a «Llamo a los poetas»[27], que inicia situándose junto a Vicente Aleixandre y Pablo Neruda, sus dos grandes amigos, a quienes dedicó sus dos libros de la guerra, de quienes declara su cercanía: «...he sentido su corazón cercano / cerca de mí, rozando el mío.»; aunque no deja de proclamar su consustancial soledad en versos suficientemente explícitos:

> ... Ya vosotros sabéis
> lo solo que yo voy, por qué voy yo tan solo.
> Andando voy, tan solos yo y mi sombra.

Desde esa posición elegidamente solitaria, que debió de ser recibida como altiva y a muchos hubo de molestar, Miguel convoca a los demás al debate sobre la dirección que la poesía debía llevar en esos momentos cruciales.

> Alberti, Altolaguirre, Cernuda, Prados, Garfias,
> Machado, Juan Ramón, León Felipe, Aparicio,
> Oliver, Plaja, hablemos de aquello a que aspiramos:
> por lo que enloquecemos lentamente.

La mezcla de nombres, de poetas en circunstancias muy variadas en ese 1938 —unos ya en el exilio, algunos muy mayores, otros jóvenes, unos en la retaguardia, otros en primera línea— indica que no se refiere a nadie en concreto, sino a todos y a ninguno. Se trata sobre todo de proclamar su verdad poética. Y esta es que los poemas han de tratar de la vida en su dimensión más auténtica. Los horrores de la guerra parecen haberle llevado a un anhelo de pureza y sencillez humanas:

> Hablemos del trabajo, del amor sobre todo,
> donde la telaraña y el alacrán no habitan.

---

27 Ibíd., págs. 674-675.

La propuesta es por la nobleza (*trabajo, amor*) y no por la trampa o la traición (*telaraña, alacrán*). A partir de esa estrofa se sucede el paralelismo semántico antitético. Hernández ofrece como objetivo de los poetas «la buena semilla de la tierra», «el día, la emoción del día», «hablemos unidos, comprendidos, sentados / de las cosas del mundo frente al hombre». Entrar a cantar «a una bodega, a un pecho, o al fondo de la tierra». Miguel define a los poetas como «sembradores de sangre», en un sentido positivo, genesíaco, vivificador, por eso son «semejantes del trigo», como «... lo que hace el sol, / y la familia del enamorado». Para ello hay que desechar el conformismo, la ampulosidad, el artificio. Lo que exhorta a abandonar, en primera persona del plural pero como vicios ajenos por ser él quien los rechaza —en línea con la telaraña anterior—, es:

> Dejemos el museo, la biblioteca, el aula
> sin emoción, sin tierra, glacial, para otro tiempo.
> Ya sé que en esos sitios tiritará mañana
> mi corazón helado en varios tomos.
>
> Quitémonos el pavo real y suficiente,
> la palabra con toga, la pantera de acechos
> [...]
> Abandonemos la solemnidad.
>
> Así: sin esa barba postiza, ni esa cita
> que la insolencia pone bajo nuestra nariz,
> [...]
>
> Así descenderemos de nuestro pedestal,
> de nuestra pobre estatua. [...]
> sin el brillo del lente polvoriento.

Los destinatarios son de nuevo invocados en la penúltima estrofa, ahora por sus nombres de pila. La diatriba es muy evidente:

> Hablemos sobre el vino y la cosecha.
>
> Si queréis, nadaremos antes en esa alberca,
> en ese mar que anhela transparentar los cuerpos.

> Veré si hablamos luego con la verdad del agua,
> que aclara el labio de los que han mentido.

Final de resonancias eucarísticas —en línea con la impronta de formación religiosa que según Juan Ramón tanto lastraba la poesía del oriolano—: el trigo, el vino y al agua, en el que la alusión a la mentira es muy sugerente en época de urgencias y riesgos mortales.

Este poema tuvo que levantar heridas en muchos de los citados, y a buen seguro incrementó las reticencias que su figura despertaba entre buena parte de los miembros de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Que la tensión llegó a un grado bastante alto lo prueba el enfrentamiento directo que hubo entre Miguel y ese grupo, especialmente con Rafael Alberti y María Teresa León, con motivo de la fiesta que organizaron en honor de la mujer antifascista. Se han dado varias versiones del incidente, aunque la fuente es única: lo que contó a sus amigos Alberti a su vuelta a España, pues María Teresa León se refiere muy brevemente al asunto, aunque da una importante precisión: ocurrió en los últimos días de la guerra. Reproduzco la que José Luis Ferris oyó relatar a Luis García Montero y asume como más cierta:

> Hernández irrumpió en el edificio de la Alianza y, tras descubrir el ambiente festivo que se respiraba en aquellos salones, los preparativos, los manteles, el supuesto lujo, y los alimentos dispuestos en las mesas, no pudo ocultar su indignación ante aquel derroche y aquel alarde de resabio burgués mientras él y otros combatientes seguían jugándose el tipo en las trincheras. No había, además, en aquel palacio mujer antifascista que se pareciera a las campesinas que había visto en los pueblos y en los frentes luchando como hombres, ninguna que le recordara a Rosario Sánchez, *la Dinamitera*, ni tan siquiera a esas madres, hermanas o esposas que enterraban a diario a hijos, hermanos y compañeros. Miguel se dirigió entonces visiblemente irritado a Rafael Alberti con Antonio Aparicio como testigo y le espetó con la frase: «Aquí hay mucha puta y mucho hijo de puta.» El autor de *Sobre los ángeles* le respondió en términos

> algo menos ofensivos, instándole a repetir esas palabras en voz alta y delante de los otros compañeros de la Alianza de Intelectuales. Ante el reto, el poeta oriolano se dirigió entonces hacia una pizarra que colgaba de una de las paredes de aquella dependencia y reprodujo la frase con amplios caracteres. Antes de que Miguel abandonara definitivamente el recinto, María Teresa León vio y leyó con sus propios ojos el insulto, se sintió directamente aludida, pues ella se había encargado personalmente de organizar aquella fiesta, y se fue en busca de Miguel. La respuesta de la autora de *Memoria de la melancolía* fue una enérgica bofetada que, al parecer, hizo caer al poeta. Ni que decir tiene que, desde aquel momento, Alberti y Hernández rompieron la amistad y no volvieron a dirigirse la palabra hasta que, unos días después, forzados por las circunstancias, se encontraron de nuevo en Madrid, poco antes de la salida de varios líderes comunistas hacia la población alicantina de Elda.[28]

Tal vez este enfrentamiento explique la situación que el chileno Carlos Morla Lynch no conseguía comprender: que en los últimos días de la guerra Hernández hubiera quedado solo, desprotegido mientras sus correligionarios poetas organizaban su salida del país. Escribe Carlos Morla en su diario:[29]

26 de febrero de 1939

> Voy a la Alianza de Intelectuales para ofrecer refugio —en caso necesario— a Santiago Ontañón y Rafael Alberti [...] ¡Qué van a querer que se termine la guerra! Alberti vive ahora en una casa preciosa, moderna, elegante, con una terraza magnífica.
>
> Aparecen Ontañón y Alberti. Están gordos los dos. María Teresa León, delgada, bastante guapa, con el cabello rubio y blanco en partes.

---

28 José Luis Ferris, *op. cit.*, págs. 399-400.

29 Carlos Morla Lynch, *op. cit.*, págs.

Día 28 de febrero:

> Ha venido a verme esta mañana el poeta chileno comunista Juvencio Valle, acompañado de Miguel Hernández [...] El peligro en que se encuentra es grande y viene a pedirme «asilo» [...] Querría salir de España, dan pasaportes a millares, pero naturalmente no a los de edad militar que están movilizados [...]
>
> Sin embargo sale todo el que puede hacerlo. Me cuentan que Alberti, María Teresa León y Santiago Ontañón han salido ya, sin acordarse de él [de Miguel Hernández] Así es la vida. Por eso estaban tan tranquilos el otro día. [...]
>
> A Miguel Hernández le contesto lo que a todos. No le aconsejo solicitar pasaporte a estas alturas, sirviendo en el ejército, y le otorgo el asilo para cuando lo necesite.

Día 1º de marzo:

> He mandado llamar al poeta Juvencio Valle porque me preocupa el caso del poeta-pastor Miguel Hernández. Ha escrito mucho en folletos y artículos en contra de los nacionalistas y me aseguran que Franco ha dictado leyes muy duras en contra de los periodistas que hayan obrado de esa forma. No considero, en este caso, suficiente garantía el asilo en la Embajada de Chile ya que me pueden pedir la entrega de ellos. De todo esto le doy cuenta a Juvencio esta mañana. Me dice que Hernández ha declarado que no se albergará en la Embajada, que lo considera como una deserción de última hora. El muchacho no ha pensado un momento en tomar medidas de precaución y Alberti, que tenía su salida muy arreglada, no se ha preocupado de él a pesar de que también era miembro de la Alianza Intelectual.
>
> Opto por darle una carta para el gobernador civil, don José Gómez Osorio, solicitando pasaporte para él.

Morla recibe una carta de Alberti en la que le agradece sus ofrecimientos de ayuda y le pide asile a tres muchachos. Ninguno de ellos es Miguel Hernández.

Día 2 de marzo:

> El poeta-pastor, Miguel Hernández, ha ido donde el gobernador civil, Gómez Osorio, con mi carta, y le ha dado alguna esperanza para la obtención del pasaporte.

Ese mismo día se conoce la dimisión de Manuel Azaña como presidente de la República.

El día 6 de marzo se constituyó el Consejo Nacional de Defensa que se hizo cargo del poder en Madrid, en contra de la voluntad del Partido Comunista, para intentar un armisticio con Franco. Algunos historiadores lo consideran un golpe de Estado dentro de las filas republicanas. El coronel Casado hace dimitir a Juan Negrín, el presidente del Gobierno. La situación en Madrid se hace extremadamente peligrosa:

> Hay ametralladoras en las esquinas y los muros están llenos de carteles. Circulan cañones tirados por varias parejas de caballos y los socialistas de la casa de enfrente han cerrado sus puertas. [...] El Director de seguridad, con mi carta, le ha concedido pasaporte al poeta-pastor, Miguel Hernández, pero ahora no se atreve a ir a buscarlo en vista de las circunstancias.

De modo que nuestro poeta rechazó abandonar su puesto en defensa de la República y del pueblo hasta el último momento, y cuando no hubo más remedio era ya tarde. Los poetas comunistas de la Alianza habían organizado su salida, no sin gran riesgo, pero no se ocuparon de él. Hernández estaba solo, tan solo como había proclamado en su poema «Llamo a los poetas». Fue el precio de su coherencia, de la fidelidad a su condición de poeta del pueblo que no puede abandonarlo. Pero también, no se nos oculta, el precio de su ingenuidad, de quien tenía la conciencia tranquila porque había hecho lo que debía en todo

momento según su muy exigente conciencia. Nunca podría sospechar que sería detenido, enjuiciado y condenado por «auxilio a la rebelión», la fórmula cruel y escarnecedora con que el Nacional-catolicismo triunfante castigó la lealtad a la forma legítima del Estado: la República Española.